

Rómpete una pierna

Carlos G. Castro Pinto

Los aplausos, ¡cómo los había extrañado! Su sonido alegre ya empezaba a llenar el pequeño teatro y a colarse en su vestuario de rey Lear, disfraz percutido y remendado hasta la desvergüenza y, sin embargo, tan vigorizante. Como en jornadas ya lejanas, alzó los brazos victoriosos junto a sus compañeros de elenco desencadenando el éxtasis del público; supo que nunca olvidaría esos rostros llenos de admiración. No había personalidades ni hombres de prensa en el auditorio, pero eso no importaba: el regreso de la compañía Ralli a las tablas era un hito. Hito discreto si se quiere, hito íntimo, pero hito.

Deleitándose con la vista de los agradecidos asistentes, en cierto momento creyó ver, entre ellos, al viejo Tavo, el mejor maestro y amigo que le había dado la actuación, ya retirado. Razonó instantáneamente que debía tratarse de un importuno juego de luces. Volteó hacia su izquierda y admiró —ahora él— la belleza del perlado perfil de Jimena, joven actriz que los acompañaría, a lo sumo, un par de temporadas: se notaba que más temprano que tarde daría el salto a mejores salas, a la televisión, al cine, adonde quisiera. Sí, ella daba para más.

Emprendió el regreso a casa a pie, como antes de que aconteciera la calamidad. El parque trasero por el que solía cortar camino había sido tomado nuevamente por cariñosas parejas que se frotaban sobre las bancas, apoyadas en postes y bajo las sombras de los árboles. Esta vez, por algún motivo que no supo identificar, recordó después de años ese afán de tocar al otro, y siguió de largo sin renegar ni llamarle la atención a nadie. «Con qué velocidad se nos escapa la vida, carijo», razonó ladeando la mirada.

Unos metros más allá se levantaba el amplio quiosco esquinero del Cholo Isla. Si bien no le interesaba la actualidad en lo absoluto, decidió acercarse para echar un vistazo a los titulares y ahuyentar la súbita nostalgia provocada por los jóvenes amantes. La multitud de portadas y productos que pendían de cables extendidos, entre la que se había sumergido, era variopinta. Una revista de las más caras aún celebraba la emancipación del coronavirus ofreciendo, en páginas interiores, declaraciones de varias celebridades sobre las actividades que venían retomando. Las diminutas imágenes que acompañaban al titular secundario sugerían ejercicio físico, culinaria y cuidado de bonsáis. Juguetes y figuras coleccionables que no le decían nada, ¿la desventaja de no ser padre? Un pasquín anunciaba el primer concierto con aforo total a realizarse en la ciudad. La chicha y la salsa perucha retumbarían en El Huaralino. Relojes chinos de

imitación. Golosinas. Otro periódico, muy consultado entre empresarios y ejecutivos, señalaba las más recientes proyecciones de los principales sectores productivos, sugiriendo cautela. El álbum Panini de Qatar, sobres con figuritas. Cómics. Nada capturaba su atención verdaderamente. Con una desazón mayor que la inicial abandonó el puesto no sin antes advertir que quien lo atendía aquella tarde era la mujer del huracán quiosquero, algo muy infrecuente, según recordaba.

Atravesando el aire cada vez más frío concluyó con amargura que ningún diario, ningún noticiero, daría cuenta alguna vez de la lucha que gente como Tavo —y quizá el propio Isla— libró por sobrevivir a la enfermedad. De la infructuosa lucha que libraron.